

conozcan siquiera la existencia de otros mundos, llamadas a perecer como una especie amenazada por la polución.

c) *Búsqueda de creencias*.—La industrialización militaroides, el éxodo rural, el *baby-room*, el incremento del consumo de energía, el aumento sensible de los parques de carreteras y automóviles, si seguimos utilizando los problemas que se perfilan a través del análisis de contenidos de la novela de los años 50/70 como síntomas clínicos, aceleran el malestar, el desequilibrio, la inseguridad del sistema nervioso de los jóvenes narradores.

Frente a la evidencia y certidumbre del mal, la catástrofe, la ausencia de destino y la confinación en los arrabales de una prisión que se confunde con los muros del Estado, los novelistas (y poetas) protagonizan una loca carrera en busca de una poética, una certidumbre, una creencia que les permita concebir su vida en *otro mundo*, una estética que permita (recordemos el Nietzsche de «El origen de la tragedia») concebir la existencia como un fenómeno ético y artístico, que la salve del infierno que conocemos sólo con salir a la calle.

Y aquellas guerras de doctrinas entre «realistas» y «metafísicos» (años 50/60), «realistas dialécticos» y «experimentalistas» (fugazmente, hacia el 72/74), destacan por lo irrisorio de sus escasas ideas y la ferocidad sangrante de sus injurias, venganzas y actos de sangre iletrados. Cuando menos, tal saña habla del carácter visceral y decisivo que para los jóvenes agresores tenía el emprender aquellos actos de vampirismo inculto, pero sanguíneo: era urgente denunciar el mal, encontrar la verdad; como en bastantes silabarios y catecismos religiosos y políticos donde aprendieron a leer y obedecer muchos de aquellos polemistas, el camino de la fe y la certidumbre estaba marcado con consignas simples, órdenes estrictas, denuncias y confesiones.

La palabrería de los sacristanes condujo a los extraviados caminantes al vacío, el silencio y la nada, perdidos dramáticamente en el exilio o la más polvorienta extravagancia. Sólo entre el páramo de las certidumbres y el desierto urbano poblado por emigrantes y maquillado publicitariamente por la logomaquia política y administrativa, industrializada y serial, algunos narradores emprenden una aventura difícil y arriesgada: afrontar la borrasca del tiempo con las armas de la autofagia, la destrucción, el desamparo y la crisis, el canibalismo verbal ante una lengua maltrecha y devastada por el temporal y las lluvias.

«La señorita B.», de Ramón Nieto, y «Don Julián», de Juan Goytisolo, quizá ilustren muy gráficamente tal proceso. La lengua no sólo servirá para comunicarse con nadie, sino que será el testigo primordial de

la imposibilidad de comunicación: el Estado de las Cosas Dominantes ha socavado el orden antiguo de las palabras y las cosas, ya no existe ninguna relación entre el objeto y la palabra que lo nombra. Las palabras son conchas vacías, utensilios privados de significado que averían nuestro sistema nervioso.

Este *Panorama* se cierra con el último episodio, a mi modo de ver, de aquel neurótico proceso de búsqueda de creencias, sed de lecturas y conocimientos, hambre de palabras, lecturas y cosas, que se hunde en los años cincuenta, con el recuento de un grupo de narradores que, a partir de 1972, se abandonan a la más frenética experimentación formal o intelectual (Leyva, Antolín, Fernández de Castro, Azúa, Marías). Para completar, a mi modo de ver, algunos de los problemas esenciales discernibles en la novela española de posguerra, quizá hubiese sido oportuno detenerse en un proceso ambiguo, pero muy vasto, que llamaré «la llamada de la tierra».

Un número apreciable de novelistas de estilos, tradiciones, cultura, edad y condición distintas afrontan un proyecto capital: reconstruir (en oposición al orden imaginario dominante) el paisaje mitológico de *su tierra*; operación prometeica que emprenden con el fin de *salvar* la toponimia moral de su creación y su memoria, a la que ligan una *historia oculta* por los escombros de la palabrería instituida militarmente.

La *Región de Benet*, el *Coto Doñana* de J. M. Caballero Bonald, el *Bearn* de Lorenç Villalonga, la Extremadura de Pedro de Lorenzo, la Galicia de Alvaro Cunqueiro, los difuntos bajo los almendros en flor de Baltasar Porcel, la ciudad imaginaria de la Saga/Fuga de Torrente Ballester, integran otros tantos capítulos de una geografía imaginaria imprescindible para entender los baldíos y la tierra prometida donde crecen las fábulas. El memorialismo, de Juan Gil-Albert y Rosa Chacel; la Castilla, de Delibes; la Plaza del Diamante, de Merçé Rodoreda, pertenecen igualmente a un mismo discurso, profundamente enraizado en la historia de la prosa y la novela escrita en lengua romance en la Península.

La «Elegía de la ruina de los Abbadíes de Sevilla», de Ben al-Labbana de Denia; toda la obra monumental de Josep Pla; las «Figuras de la Pasión» y la Sigüenza, de Gabriel Miró; el «Libro de Levante», de *Azorín*; la guía de Castilla la Vieja, de Dionisio Ridruejo, son, entre muchos otros, síntomas de un vasto proyecto de reconstrucción de la memoria colectiva a través de la geografía imaginaria, la guía de viajes, la paisajística, el memorialismo. Cuando estos rasgos se confunden con la épica y la tragedia, nace el mitológico condado de Yoknapatawpha.

El *despertar de las provincias* orteguiano nombra, sin duda, uno de

los rostros más feraces de tal proceso: el *renacimiento* de las viejas patrias locales, sepultadas en el vertedero de la imposible lengua común. La búsqueda de una identidad y un destino colectivo en la Península pasan por la confederación de intereses y tradiciones particulares que la confusión de varias civilizaciones instala en los orígenes de la vida tribal, ciudadana y estatal. El discurso etnográfico ilustra gráficamente los meandros de tal conflicto<sup>3</sup>: la Península es una suma de pueblos, de grupos étnicos muy diferenciados, y esta diferencia, pese a cíclicos y multiseculares intentos por anularla, se mantiene intacta y superviviente. Roma y el Imperio del siglo XVI<sup>4</sup> marcarían los hitos genocidas, sin olvidarse de las invasiones bárbaras y musulmanas, y sin omitir a Felipe V, otro extranjero que se injerta en España; Roma, los Austrias, así como los restantes extranjeros que se apoderan del Poder por medio de la invasión, o el vasallaje respecto a dinastías extranjeras impuestas militarmente, son encarnaciones de superestructuras exteriores que intentarán ahogar la vitalidad, la pujanza y el esplendor de lo autóctono.

Mientras el *melting pot* es la figura sociológica clásica para entender el malestar fundacional, la búsqueda errante de la Frontera, en el seno de las culturas estadounidenses, las culturas que se cruzan y superponen en la Península sólo son comprensibles a través del exilio impuesto por las autoridades administrativas de modo cínico y brutal. Tal exilio coincide sustancialmente con la racionalización militar del aparato estatal, creando lazos transterritoriales todavía ocultos tras las frágiles nomenclaturas de la historiografía literaria.

Así, la narrativa del Sureste (del Grao a Algeciras), frontera que es inmediatamente anterior a las guerras púnicas y a las diferencias entre las colonias griegas de Marsella y los feudos cartagineses en la Península, no podrá entenderse más que como complemento moral de otra literatura hermana: la de los pueblos árabes y bereberes del Magreb (a su vez, incomprensibles sin la aportación decisiva del *piet noir*: Argel quizá entre en la agonía moral de la modernidad con Albert Camus). La poesía de la Kabília, la obra de Ma el Ainin<sup>5</sup>, el patriarca de la cultura de las tribus saharauís, forman parte de un *corpus* nunca compilado, pero complementario y paralelo. Es imposible entender a Juan Ramón, Lorca, Alberti, sin la poesía popular árabe. Es imposible en-

<sup>3</sup> Y, coincidiendo con un estallido revolucionario, en 1939, uno de los padres de la etnografía peninsular, PERE BOSCH-GIMPERA, redacta la primera versión de su ensayo *Espanya*, reeditado en Barcelona en 1978, del que tomo y me apropio las tesis que siguen.

<sup>4</sup> Véase «¿Qué es España?», de JOSÉ CAROL (comentario en torno a la obra de BOSCH-GIMPERA), en *Nueva Estafeta*, núm. 11, correspondiente a octubre de 1979.

<sup>5</sup> Para entender la obra de MA EL AININ, en el marco cultural que propongo, ver *Spanish Sahara*, de JOHN MERCER, Ed. George Allen & Unwin Ltd., Ruskin House, Londres, 1976.

tender la narrativa de Gabriel Miró y Azorín sin apelar a una topografía agraria y urbana, una *expatriación* forzosa<sup>6</sup> que tiene unas raíces bien evidentes: la cultura árabe peninsular. No es un azar, sin duda, que Juan Goytisolo intente rescatar para la mitología novelesca algunos acontecimientos nucleares de la historia local y se interrogue, como ensayista, por el destino de las comunidades y tribus saharahuis. Valencia, evocada por Blasco Ibáñez en *Arroz y tartana*; la Cartagena mitológica de Sender, en *Mr. Witt en el Cantón*, reconstruyen el aparato respiratorio y moral de la gran ciudad moderna en el Mediterráneo occidental, cuya cartografía Camus estará llamado a universalizar en sus textos sobre Orán. Y algún novelista malagueño (Manuel Andújar) se interrogará por la superposición de mitologías en la más inmediata topografía urbana local: una plaza tendrá tantos nombres como dictadores haya en Madrid, pero será única la nostalgia del adolescente que busca su destino en las aguas de aquel puerto, recobrando y descubriendo la persistencia de las creencias y las antiguas divinidades tras los cortinajes raídos del tiempo. Cunqueiro buscará en los héroes de la épica celta y las leyendas artúricas un fundamento espiritual para tejer las leyendas que deben alimentar los sueños de la vida de los pueblos gallegos. Los personajes de Cela o Martín Santos en Madrid describirán minuciosamente la vida de los transterrados en la capital: muertos en vida en el desierto urbano. Las últimas obras de Rosa Chacel, por el contrario—quizá como sus antecedentes en Ramón de la Cruz, Arniches o Ramón Gómez de la Serna—, comienzan a poblar un Madrid mitológico: el de los castellanos libres de la lepra estatal, seres vírgenes y maravillosos que descubren la Pradera de San Isidro (homenaje a los antiguos dioses locales disfrazados con los ropajes del Carnaval y el Miércoles de Ceniza cristiano), la Verbena, el Prado, el Cine, y desean vivir libres; *ailleurs, ailleurs*, nunca contaminados por la polución administrativa capitalina, para cantar una geografía mediterránea en su cosmopolitismo y universalidad. Valle Inclán, Sender, encontrarán en las tierras de América el Nuevo Continente donde los demonios específicamente hispanos podrán florecer en toda su turbulencia amenazan-

---

<sup>6</sup> Expulsión de judíos y moriscos. Exilio de liberales y románticos. Expediciones militares destinadas a pacificar, *normalizar*, a ciudadanos catalanes, gallegos y vascos. Procesos a inventariar desde la óptica del genocidio y la destrucción sistemática de la identidad cultural. No en vano, tal «malentendido» sirve de descomposición nutricia donde crece la falta de entendimiento y comprensión. No nos entendemos: el Estado creció destruyendo nuestras raíces y alentando militarmente la aculturización; la ausencia de revolución industrial hasta fecha muy reciente, la tardía creación de un mercado nacional, las economías locales de subsistencia agraria, la urbanización tardía, el colonialismo financiero más voraz—introducido en el siglo xv-xvi y alentado por las sucesivas dinastías reales en el poder—, permitirían la precaria supervivencia de las culturas locales. Hablamos lenguas distintas (incluso las fronteras aduaneras provinciales han perdurado hasta muy recientemente). La experiencia de Babel se confunde con la experiencia de los orígenes (varios y enfrentados), con la experiencia de la coexistencia sin cruce ni cohabitación: la pureza de sangre será un requisito conservador y una seña de identidad de la casta dominante.